

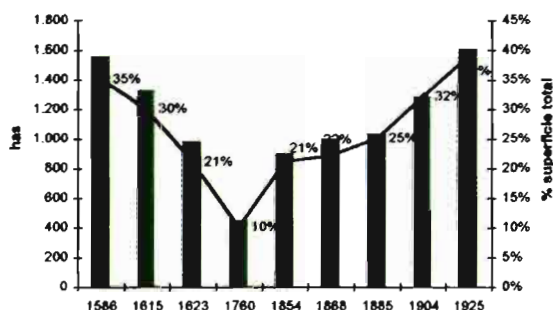
El palimpsesto cultivado: crónica de la expansión del olivar en Andalucía

J. R. Guzmán Álvarez • Dpto. de Ingeniería Agroforestal, Universidad de Córdoba

El naranjo sabe a vida y el olivo a tiempo sabe. De forma escueta y certera el poeta Miguel Hernández exprime el hondo significado del olivo como conformador de los paisajes andaluces. Los paisajes del olivar son historia viva de los hombres que transformaron la naturaleza para su provecho. Unos paisajes que, hoy en día, nos recuerdan la estrecha unión del árbol de Minerva con la tierra.

Figura 1

Evolución de la superficie de olivar en Pilas. Fuente: CAMACHO RUEDA, E., Propiedad y explotación agrarias en el Aljarafe sevillano: el caso de Pilas (1760-1925), Diputación Provincial de Sevilla, 1984



Los paisajes del olivar nos incitan a acercarnos a la historia de la relación del hombre de la naturaleza. Su manifestación actual trasciende de lo contemporáneo invitándonos a que los leamos como si se tratasen de viejos palimpsestos. Palimpsesto: extraño y trasnochado palabra. En honor a la verdad, los palimpsestos no están de modo; de hecho, nunca lo han estado, pero durante un tiempo fueron protagonistas del acontecer humano, aún sin ser reconocidos como tales. Cuando el papel era un lujo, los escribanos debían reutilizar una y otra vez el mismo pergamino, diluyendo la tinta anterior para escribir las crónicas nuevas. Gracias a ello, los historiadores de hoy disponen no ya de un único códice, sino que, por el mismo precio, cuentan con dos, tres..., la historia toda contada en capas de cebolla.

Los palimpsestos se escriben, pero también se cultivan. En la corteza de los árboles, en la forma de los troncos, en la disposición de los plantíos, en la ubicación de las arboledas está impresa la historia de los hombres. La gran historia y la pequeña historia. La historia de los paisajes y la intrahistoria de las sociedades. La política, la cultura, la economía, las relaciones ecológicas. Los olivos son palimpsestos vegetales

que nos hablan de tiempos que ya se fueron. Pero, al contrario que los manuscritos, son tablillas vivas que ahora están siendo escritas por nosotros. Enlazamos el pasado milenario con el incierto provenir en sus añosos tocones. Y con ellos, descubrimos el sentido de la historia: reconocernos, meditamos, anticipamos.

En este artículo pretendemos acercarnos a la crónica del olivar en un rincón emblemático del mundo mediterráneo: las tierras del mediodía español, aquellas que en la Antigüedad estaban situadas en el confín del orbe conocido, la olivera Bética, como fueron denominadas por Cervantes en el Quijote, la Andalucía de la modernidad.

Los primeros e inciertos tiempos

De los primeros tiempos del olivar apenas nos quedan noticias. Árbol mítico y místico, encumbrado en el Egipto faraónico, la Creta minoica o la Israel de los patriarcas. Sus primeros pasos en la Península Ibérica parecen ligados a la colonización fenicia¹, pueblo de intrépidos mercaderes que tuvo que sacar buen partido de las múltiples utilidades del óleo: culinarias, medicinales, cosméticas, religiosas y mágicas.

Fueran o no ellos sus primeros precursores, acaso vinieran con los griegos, lo cierto es que desde un principio tuvo que convivir y relacionarse con los acebuches, ese pariente montaraz y bravío del olivo.

Transcurrieron siglos de oscuridad documental hasta las primeras dataciones cronológicas de la colonización olivera. Año 20 antes de Cristo: cambios en la metrópoli romana permitieron que la Bética se especializara en producir aceite para el pueblo y el ejército romano. De ello tenemos constancia por los restos de un antiguo basurero romano, el monte Testaccio, y por las prospecciones arqueológicas que han permitido exhumar los antiguos alfares en donde se fabricaban las tinajas para transportar aceite. Gracias a ello incluso podemos situar el olivar comercial de aquella época a lo largo del cauce del Guadalquivir, desde Sevilla hasta bien pasado Écija².

El roce de los siglos acabaría por desgastar el poder imperial, que se fue difuminando durante los siglos III al VI. Apenas contamos con referencias que ilustren el devenir de estos años, pero la permanencia de la élite de propietarios permite colegir que se mantuvo en buena medida tanto la estructura de la propiedad como el régimen de cultivo.

Existe constancia de que disminuyeron las exportaciones, pero el aceite continuó siendo un producto apreciado, tal y como atestigua la crónica de San Isidoro. Casi nada podemos decir, no obstante, del aspecto que presentaban los paisajes olivareros; ni siquiera siglos después, cuando una vez consolidada la dominación musulmana de Hispania, brilló en Al-Andalus la ciencia y la práctica de la agricultura.

Durante la época califal y emiral (siglos VIII-XI) se reanudaron las exportaciones, y pese a que carecemos de la elocuencia de las cifras, no nos dejan indiferentes las poéticas citas de nuestros agrónomos y geógrafos medievales: Abu Jayr, Ibn Wafid, Al Maqari³, Al Idrisi o Al Awan. En palabras de Al-Maqqariiv, en el Aljarafe, la meseta que se asoma al Guadalquivir en las proximidades de la ciudad de Sevilla, era tal la abundancia de olivos que apenas había en él un lugar soleado, de tanto como se arrebujaban los olivos.

De la conquista cristiana hasta el siglo XVI

A partir del siglo XI, la conquista cristiana desviaría la ruta de la historia. Los castellanos, se dice, eran gente de secano y cereal, rudos ganaderos que tendrían que hacerse a los huertos y acequias andalusíes. Imagen estereotipada o no, el hecho cierto es que se produjo una brusca cesura en los paisajes del sur de España.

Conforme se producía la conquista se debía recuperar el territorio, y para ello era preciso repartir las tierras y otras propiedades invadidas. Estos repartos nos permiten vislumbrar los paisajes agrarios del siglo XIII: así, sabemos que un 30% de la superficie agraria del Aljarafe estaba entonces cubierta de olivares, y que se contabilizaron, ni más ni menos que 4.860.860 olivos⁴.

La Edad Media más que una edad oscura fueron años de incertidumbre. La inestabilidad de las fronteras, las razzias, cristianos contra musulmanes, musulmanes contra musulmanes, cristianos contra cristianos, y las expediciones de castigo se cebaban en las cosechas, que si de cereales eran un año perdido, en los viñedos y olivares era toda una vida.

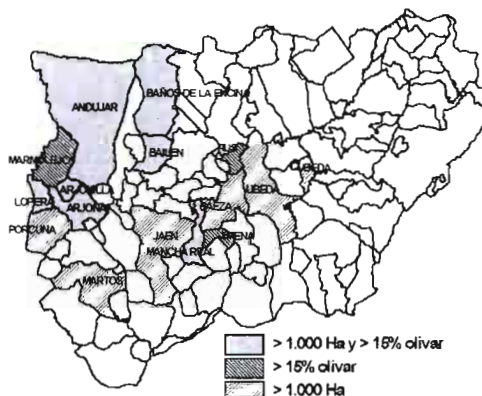
El despoblamiento consecuente a la conquista afectó al campo. Durante estos años, de hecho, se constata un fenómeno que acompañará a los paisajes del olivar durante los siglos siguientes: los ciclos de ampliación, retracción del espacio olivarero. Contracción del espacio cultivado cuando las vacas eran flacas; extensión en tiempos de prosperidad. Reducción por abandono, y entonces el olivar se cubría de jaras y tomillos; o desaparición por arranque, transformado el campo en viñado o en la imprescindible tierra para pan llevar.

Los siglos posteriores, el XIV y el XV, fueron de relativa estabilidad, al menos en lo que se refiere al contorno de las fronteras. Pero cuando los castellanos tomaron resuello, casi olvidadas las epidemias y otros avatares, recobraron el impulso conquistador y se prepararon para la definitiva do-

Figura 2

Distribución del olivar en Jaén, siglo XVIII, según el Catastro de Ensenada.

Fuente: SÁNCHEZ SALAZAR, F., "El olivo y su expansión en el Reino de Jaén durante el siglo XVIII", Boletín del Instituto de Estudios Giennenses, nº 138, 1989



minación. Unas después de otras fueron cayendo las plazas, y con ellas sus paisajes: Archidona, Antequera, el paréntesis de mediados del siglo XV, y luego Málaga, Loja, Baza, Almería, hasta la definitiva capitulación de Granada. Y aunque hubo un ensayo de convivencia entre vencedores y vencidos, el siglo que vino demostró que ésta no sería posible, y en 1570 fue ordenada la definitiva deportación.

Y se fueron en triste éxodo los moriscos, dejando tras de sí los bancales y las alquerías, las aceñas y, por supuesto, los olivos, que permanecieron dispersos, tal y como estaban, entre moreras, viñedos y frutales.

Pocos finales de siglo tuvieron el hondo significado de cambio de era que tuvo el año 1492. Con él los pobladores de la recién unificada España se adentrarían en dos centurias increíbles por imposibles, porque teniéndolo todo, qué si no era el oro de las Indias, se acabó no teniendo nada, en la más absoluta bancarrota.

Los cultivos se acomodaron a las apreturas de los días. Cuando la población aumentaba, había que ampliar el espacio cultivado, roturando montes, cañadas y dehesas, las más de las veces a hurtadillas. Pero si la peste, la gripe o cualquier otra epidemia acuciaba, los pastos recrecían y el monte recuperaba parte del espacio perdido.

Esta historia de heroísmo y miseria está protagonizada, obviamente, por los cultivos de primera necesidad, aquellos que daban grano para los hombres y grano para sus animales. Poco margen habría para el olivo si tenemos en cuenta, además, el auge de la ganadería, en especial el papel que adoptaría el todopoderoso Honrado Concejo de la Mesta. Aún y todo, en numerosos concejos de Andalucía los olivos, que no los olivares, continuaron presentes en los ruedos de los pueblos para suministrar el tan preciado aceite.

En este contexto de autarquía y subsistencia sobresalían dos paisajes de olivar, uno consolidado y otro que daría mucho que hablar en el futuro. El primero se localiza en las campiñas de Sevilla, incluyendo su Aljarafe, y de Cádiz, que alcanzarían el apogeo olivarero aprovechando el privilegio

concedido a los productores agrícolas sevillanos y gaditanos para comerciar con las Indias. El paisaje olivarero incipiente, por su parte, lo hemos de situar en la campiña de Andújar y Arjona, en la actual provincia de Jaén, en las proximidades del camino de Andalucía a Castilla⁵. Sobre un relieve sedimentario suave comenzamos a tener noticia de unos estacionales que con el tiempo serían el germen del olivar jienense.

El olivar de la Ilustración

El siglo XVIII irrumpió con brío, empujado por vientos de reforma que a su paso por la meseta castellana se redujeron a una tenue brisa. Al igual que en Francia o Inglaterra, también en España la razón iluminó el pensamiento, incluso hasta llegarse a proponer soluciones para los problemas derivados de la carestía y el crecimiento demográfico. Pero en España la reforma no llegó a ser tal, sino apenas un conato. Reformar sin romper, fue la máxima seguida por los ilustrados españoles, cuyas medidas, como el reparto de las tierras comunales, afectarían, no obstante, de modo indeleble a los paisajes. Como en siglos anteriores, las nuevas tierras de cultivo se destinaron prioritariamente a cereales, pero tierras hubo que acogerían a plantones regulares de olivos, destinados a abastecer de aceite a los mercados locales y comarcales.

Las luces de la razón abrirían un nuevo frente a la expansión olivarera merced al apoyo público a la implantación de nuevas plantaciones. El relato de los hechos es largo y complejo, tanto más cuando se trata del resultado de un meritorio fracaso. Estamos hablando del olivar de la Sierra Morena de Jaén. Allí, en los peligrosos despoblados del camino de Madrid, el intendente Pablo de Olavide soñó con fundar reductos de sociedades utópicas en unos tiempos de profunda desigualdad⁶. Nuevas poblaciones de campesinos que aplicaran los avances de la agronomía europea en la producción de cereales y en el manejo del ganado, y que completaran su alimentación con las frutas y verduras de sus huertos. La iniciativa no prosperó: pocos años después otros servidores públicos recomendarían reducir la infructife-

ra tierra de cereal a plantíos de olivos, que para eso sí que eran adecuadas.

El siglo XVIII vio cómo se intensificaba el afán roturador. Los rompimientos afectaban en gran medida a los antiguos terrenos de pastos, que ya no podían ser defendidos por la decadente institución de la Mesta, impotente ante el fin del esplendor de la lana castellana. Esta fiebre roturadora fue debida a la confluencia de diversas razones. A la siempre presente urgencia alimentaria, se ha de añadir otras de índole política, como la liberalización del precio de los cereales, y aún otras de carácter socioeconómico, como el aumento del precio del aceite en respuesta al tirón de la demanda⁷. En consecuencia, durante el siglo XVIII se detecta una activación del proceso colonizador olivarero, embate que se localiza preferentemente en el entorno campiñés y acolinado adyacente al valle del Guadalquivir.

No obstante, hay que tener en cuenta que para lo que algunos concejos era un descubrimiento, las plantaciones intensivas de olivar, para otros era el punto de inflexión de un largo periodo de decadencia achacable a las crisis de subsistencia y al crecimiento demográfico. Este es el caso de Pilas, un pueblo típico del Aljarafe sevillano, que a mediados del siglo XVIII alcanzó el mínimo de superficie olivarera del periodo comprendido entre el siglo XVI y el siglo XX⁸ (figura 1).

Conocemos con bastante detalle el impulso del siglo XVIII gracias a la encuesta que mandó realizar a mitad de siglo el Marqués de la Ensenada, ministro de Carlos III. En este prolijo interrogatorio se constatan un gran número de municipios en los que se citan nuevos olivares. El germen del olivar de Jaén se estaba desarrollando de forma notable en el tercio noroccidental y en las lomas y laderas que bordean la campiña de la ciudad de Jaén, respetando todavía las tierras serranas béticas (Figura 2). Las olivas de Andújar, Baños de la Encina, Arjona o Mancha Real estaban siendo implantadas sobre todo por pequeños y medianos propietarios rurales y algún que otro burgués, quienes invertían sus capitales en un cultivo que requería poca mano de obra y les aseguraba cierta renta⁹.

Para que se produjera este avance fue preciso romper pri-

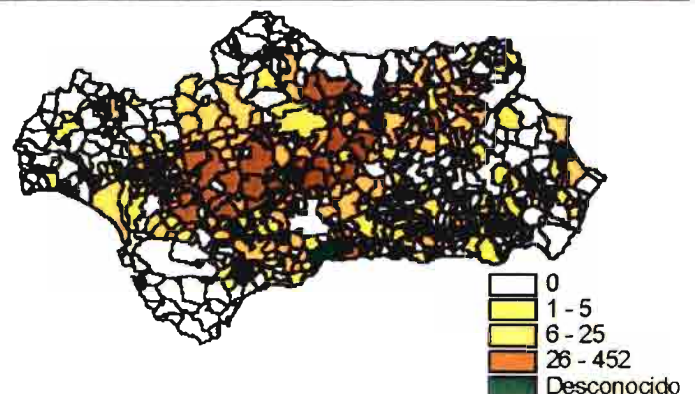
Figura 3

Municipios que producían aceite hacia 1850 según el Diccionario de Madoz (MADOZ, P., Diccionario Geográfico-Estadístico - Histórico de España y sus posesiones de Ultramar, Madrid, 1845-1850 (se ha consultado la edición facsímil de Editorial Ámbito y Editoriales Andaluzas Unidas, 1987)



Figura 4

Número de molinos aceiteros (hacia 1850) en los términos municipales andaluces según el Diccionario de Madoz (MADOZ, P., Diccionario Geográfico-Estadístico - Histórico de España y sus posesiones de Ultramar, Madrid, 1845-1850 (se ha consultado la edición facsímil de Editorial Ámbito y Editoriales Andaluzas Unidas, 1987)



mero con la esclavitud de las cosechas de los cereales, cortar la espiral de la subsistencia. Y ello pudo hacerse debido a que estas poblaciones comenzaron a especializarse en el comercio exterior del aceite, a venderlo a las poblaciones del interior o de la costa que no se autoabastecían de este producto básico.

La expansión del siglo XIX

El siglo XIX fue decisivo para la mutación de los paisajes andaluces. La presión de la población, las guerras, la bancarrota de la Corona, todo actuó en contra de los paisajes naturales, ganaderos o forestales, que veían mermar su extensión por los repartos y artigamientos ilegales.

Lo que hasta entonces había sido un proceso irregular y en gran medida espontáneo, se convirtió en un fenómeno dirigido y planificado mediante las consecutivas desamortizaciones del patrimonio comunal. La venta de bienes públicos liberaría miles de hectáreas, que en numerosos casos fueron objeto del cultivo del olivo.

Y si sobre las tierras de todos hubo voluntad expresa de reparto, la propiedad señorial se fue enajenando poco a poco, sin apenas intervención pública, salvo la concesión del preceptivo permiso para la disolución de los mayorazgos, merced al dispendio de las casas nobles que se vieron obligadas a vender su patrimonio a la pujante burguesía.

Las tierras vacantes aprovecharon el alza de los precios del aceite para acrecentar el paisaje de olivar. De ello tenemos conocimiento mediante una fotografía, de menor grado de detalle que el Catastro de Ensenada, pero que nos permite reconocer la importancia relativa que había alcanzado el cultivo del árbol del aceite a mediados del siglo XIX: el diccionario Geográfico de Madoz¹⁰.

De acuerdo con esta fuente, son una minoría los términos municipales andaluces que no producían aceite en esta fecha (**Figura 3**): el Andévalo onubense, el noreste árido, las resacas y continentales tierras interiores granadinas y gran parte de la provincia de Cádiz. Reparemos en esto último: ¿no eran los olivares de la campiña de Cádiz unos de los pioneros desde el punto de vista comercial en Andalucía? Sí, pero los olivares de Jerez de la Frontera, de Sanlúcar de Barrameda, del Puerto de Santa María o Trebujena habían prácticamente desaparecido ante la competencia de los aceites sevillanos y las mejores perspectivas de la vid y los cereales.

Para valorar la importancia relativa del olivar durante esa época, debemos acudir a otro indicador: el número de molinos aceiteros presentes en cada municipio. Molinos, obviamente, de tecnología antigua, de sangre o hidráulicos. Como se puede apreciar en la **Figura 4**, el mayor número se localizaba en la tradicional zona del Aljarafe y la campiña sevillana; también había gran número de ellos en nuevas áreas como parte de la subbética cordobesa, una novedosa campiña de Jaén y la transición de la vega a la Sierra Morena cordobesa, donde en Montoro se llegaron a citar 452 molinos.

Apresuremos el paso para alcanzar el final del siglo XIX. Fueron años de crisis para el sector agrícola español, especialmente durante el último decenio: dejamos de ser, como

creímos, el granero de Europa, apenas disfrutamos de un efímero esplendor vitícola, y hasta nuestro aceite se vio inmerso en la crisis debido a la pésima calidad de los caldos que produjimos, que si eran apreciados era por su idóneo uso para alumbrar las calles de París y Londres. Y, claro está, cuando el petróleo irrumpió en las farolas de las avenidas, el aceite no tuvo quien lo consumiera¹¹.

Sin embargo, entre todos los productos agrícolas el único que levantó la cabeza, y de hecho llegó a reemplazar a las tierras que había ocupado el viñedo afectado por la terrible filoxera, fue el aceite de nuestros olivos. Entre otras razones, porque la coyuntura internacional, tiempo de guerra en la anciana Europa, fue buena para las exportaciones.

Y entonces comenzó a ponerse claramente de manifiesto que el plantío de olivos era la única alternativa para las laderas de las colinas, cerros y sierras de gran parte de Andalucía.

La evolución olivarera del siglo XX

Demos ahora un salto de un siglo y acerquémonos al pasado más reciente. Fin del siglo XX: también superamos una crisis, en este caso la del fin de la agricultura tradicional.

Figura 5

Evolución de la superficie de olivar desde el último tercio del siglo XIX a año 1975. Datos en hectáreas. (Fuente: Córdoba (1872), Jaén (1879), Málaga (1879), Sevilla (1873), Cádiz (1874): DIRECCIÓN GENERAL DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO, Avance estadístico sobre cultivo y producción del olivo en España formado por la Junta Consultiva Agronómica Nacional, Madrid, 1891; Granada (1881): JUNTA PROVINCIAL DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO DE GRANADA, Estado de la producción olivarera de la provincia de Granada, Granada, 1881 (fácsimil publicado en LICERAS RUIZ, A. El olivar en la provincia de Granada. Universidad de Granada, Granada, 1993, pp. 247-252); Andalucía (1975): MAPA)

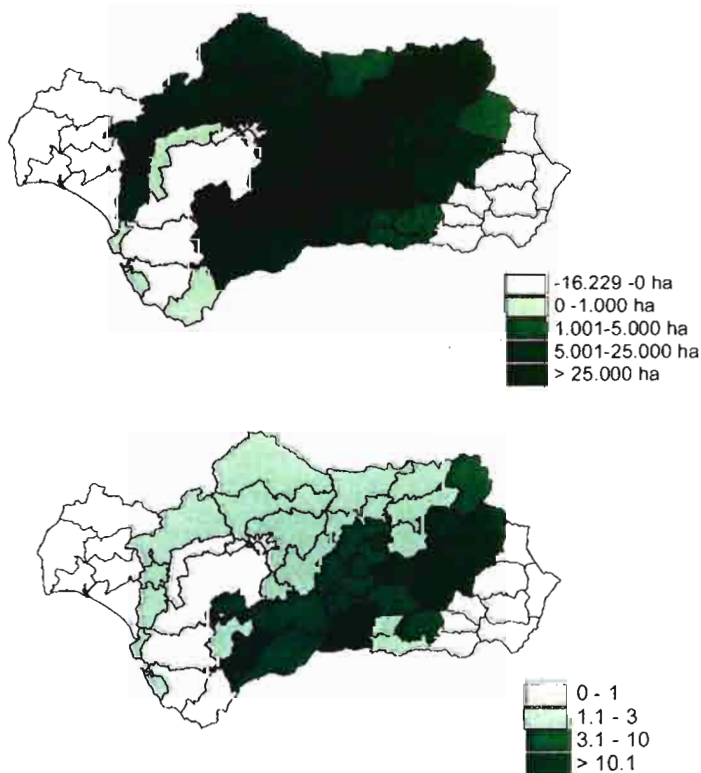


Figura 6

Evolución de la superficie de olivar en Andalucía y las cinco principales provincias productoras. Serie 1975 – 2001. Fuente: Serie 1975 – 1986: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación; Serie 1986 – 2001: Consejería de Agricultura y Pesca, Junta de Andalucía

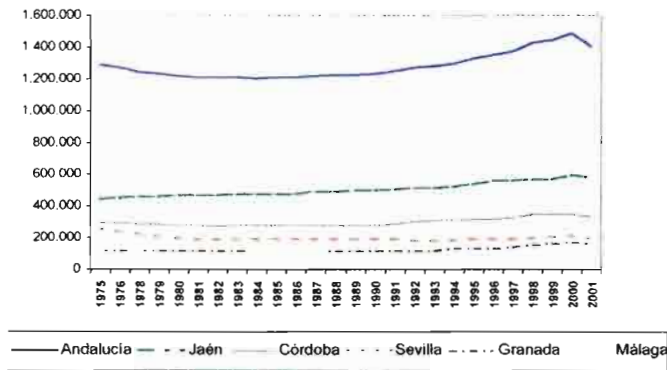
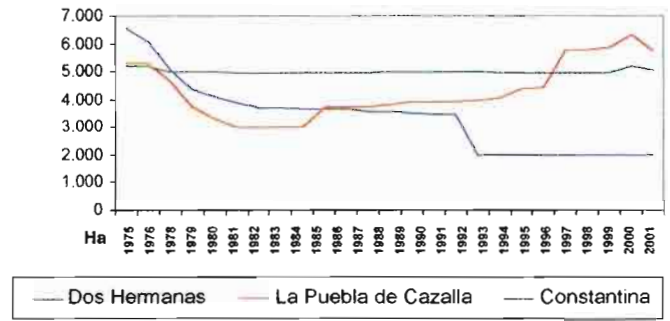


Figura 7

Evolución de la superficie de olivar (Ha) – 1975 – 2000 - en tres municipios representativos de la provincia de Sevilla que contaban con una superficie de partida de olivar semejante: Dos Hermanas – Vega -, La Puebla de Cazalla – Campiña -, Constantina – Sierra



Y también la coyuntura internacional nos rescató de las más profunda depresión al ingresar España en la Unión Europea. Tanto ha sido así que, durante el decenio de 1990 parece que la única alternativa agrícola haya sido el olivar.

Ilustremos las principales consecuencias geográficas de esta última etapa acercándonos a la evolución del olivar en el siglo XX, en el periodo comprendido entre final del XIX y 1975 (Figura 5). Los dos mapas son elocuentes: el cultivo aumenta sobre todo en la actual diagonal olivarera, en las laderas de las lomas y colinas que bordean a la depresión del Guadalquivir, en el tránsito del valle hacia las alineaciones béticas. Y mientras en este último siglo se consuma la especialización de estas áreas, en los enclaves olivareros tradicionales que nos habían acompañado durante casi toda la historia – las campiñas y vega de Sevilla y Cádiz – el cultivo merma ostensiblemente. ¿No era éste el olivar de siempre, el olivar eterno? Sí, pero la modernidad no pasó inadvertida sobre una evidencia que se convertiría en irrefutable para los agricultores: estos olivares estaban implantados sobre tierras que podían ser objeto de otro aprovechamiento

más rentable. Y reparemos también que en este último siglo muchas áreas que apenas conocían el cultivo regular como los Montes de Granada, el noreste árido o el entorno de Cazorra abrieron sus campos al olivar.

De la depresión a la euforia: el fin del siglo XX

Finalicemos este apretado repaso con lo acontecido en los últimos 25 años. ¡Cuánta historia condensada en una corta vida! Porque el olivar de los años setenta era un olivar decrepito, desesperanzado, que precisaba de una reconversión que se trató de realizar, mientras que el de los años 1990 ha sido un olivar pujante, arrollador.

No todos los paisajes, empero, han seguido la misma evolución. Los olivares sevillanos fueron los más perjudicados por la crisis del olivar tradicional; por el contrario, por los de Jaén parece que ni se asomó la crisis (Figura 6).

Si ampliamos el detalle de observación, el panorama se clarifica (Figura 7). Veamos cómo les fue a tres municipios

Figura 8

Evolución de la superficie de olivar en Andalucía y las cinco principales provincias productoras. Serie 1975 – 1985. Fuente: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación

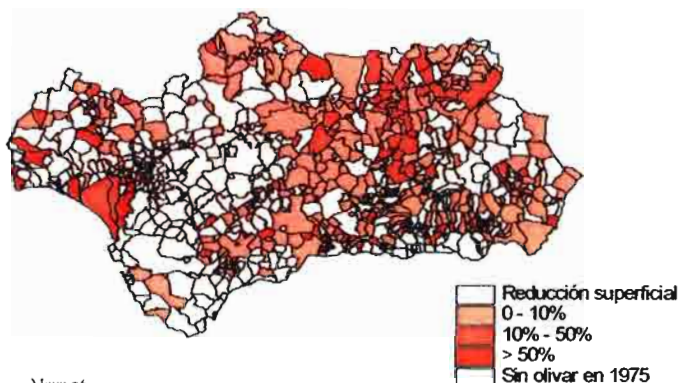
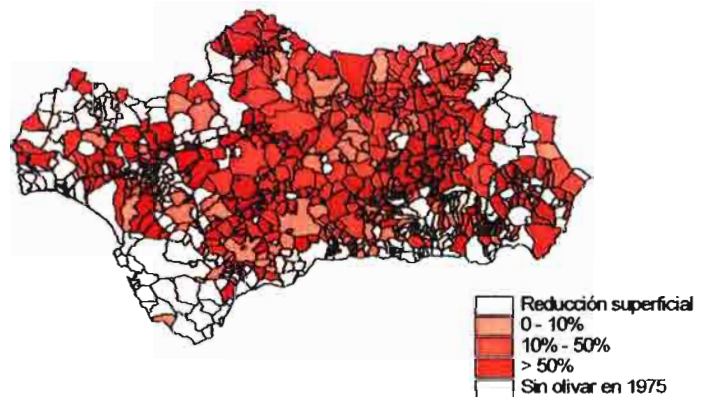


Figura 9

Evolución de la superficie de olivar en Andalucía y las cinco principales provincias productoras. Serie 1985 – 2000. Fuente: Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía



que podemos considerar como representativos de tres tipos de paisajes de la provincia de Sevilla: Dos Hermanas, de vega y llanura; La Puebla de Cazalla, campiñés; y Constantina, característico de la Sierra Morena silíceo y continental. En la vega, el olivar desapareció en una gran proporción: había alternativas a un cultivo en crisis. En la sierra, se mantuvo: no había alternativas y, en este caso, tampoco quedaba mucha más tierra para conquistar. Y en la campiña, superada la crisis, el olivar ocupó las laderas de las lomas y colinas, convertido en la alternativa por antonomasia.

Demos un último vistazo a la evolución de toda Andalucía. La crisis de los setenta se cebó en las antiguas tierras olivícolas, aunque como se puede apreciar en la **Figura 8**, apenas fueron años de esplendor para un par de docenas de municipios. A partir de la entrada en la Comunidad Económica Europea (**Figura 9**), ¿cómo cambia el panorama! Los olivos se extienden por doquier, ocupando incluso zonas donde nunca se habían visto, intensificando la conquista de las laderas de las colinas y cerros.

Epílogo

¿Qué nos enseña esta apretada crónica del olivar andaluz? A nuestro juicio, su principal magisterio es que debemos considerar al olivar, al menos a determinados olivares, como algo más que un cultivo destinado a la producción de aceite. Es tanta la historia a la espalda de algunos de nuestros olivares que nos invitan a acercarnos a ellos como paisajes culturales, como parte de un legado secular. Y esta funcionalidad, la histórico, cultural, debería entrar a formar parte del destino que socialmente le demos a nuestros olivares.

La sociedad actual ha evolucionado lo suficiente como para contemplar el territorio de una forma plural en el que la actividad agraria – o mejor, la acción de los agricultores – no se reduce a la producción de alimentos. A los agricultores se le ha asignado el papel de gestores del medio ambiente de manera que entre sus nuevas funciones se encuentra la de ser los jardineros de los paisajes seculares*. La importancia de la dimensión paisajística del territorio ha sido reconocida en recientes declaraciones internacionales que abundan en la necesidad de preservar los paisajes como elemento esencial de la cultura mundial (Convención del Patrimonio Mundial de la UNESCO, 1992; Carta del Paisaje Mediterráneo, 1992; Convención Europea del Paisaje, 2000).

De forma incipiente se están gestando diferentes iniciativas para proteger los paisajes**. En el caso del olivar, el conocimiento de su historia puede ayudar a identificar una serie de zonas emblemáticas dentro de las cuales podían a su vez delimitarse perímetros de especial consideración. Estos perímetros circundarían paisajes de especial relevancia evocadora por aportar significados y percepciones que superan el mero aspecto productivo. La lectura del palimpsesto en el que está escrita la crónica del olivar andaluz permite proponer un conjunto de Paisajes Olivícolas Históricas, entre los cuales se podrían citar:

- Aljarafe: El olivar eterno: olivar ligado a la historia desde el siglo I a.C.
- Lomas margosas entre Alcalá del Río y Écija. El olivar romano: ligado a la explotación romana del territorio; restos

arqueológicos de alfares, relación con depósitos del Monte Testaccio.

- Jerez de la Frontera - Sanlúcar de Barrameda. El olivar colonial. olivar prácticamente desaparecido ligado al tráfico colonial con América.
- Campiña de Sevilla (Sevilla - Alcalá de Guadaíra - Utrera). El olivar barroco: paisajes olivícolas ligados a la reinvención de las rentas procedentes del tráfico colonial (haciendas de olivar).
- Valle de Lecrín - Alpujarra - Alto Andarax (Granada y Almería). El olivar nazari: olivar en cuencas interiores y vertientes e la montaña mediterránea.
- Andújar - Arjona (Jaén). El olivar de la Edad Moderna: primeros pasos de la definitiva expansión del olivar en Jaén (s. XVII).
- Poblaciones carolinas: Las Colonias (Córdoba) y Sierra Morena de Jaén. El Olivar Ilustrado: impulso oficial a los olivares sobre tierras marginales (s. XVIII).
- Sierra Morena Cordobesa. El olivar de la desamortización.
- Axarquía - Montes de Málaga. El olivar de la crisis finisecular: repercusión en el paisaje de la agricultura exportadora y dialéctica viñedo - olivar - cereales.

* Esta parece ser una de las piedras angulares de la concepción europea de la agricultura del siglo XXI (Massot Martí, A., "La PAC, entre la Agenda 2000 y la Ronda del Milenio: ¿A la búsqueda de una política en defensa de la multifuncionalidad agraria?", Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros, 188, 2000, pp. 9-66). Véase también las interesantes reflexiones de la obra conjunta coordinada por Zoido Naranjo, F. y C. Venegas Moreno, Paisaje y ordenación del territorio, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla, 2002.

** Véase Hildenbrand Scheid, A., "Instrumentos de intervención sobre el paisaje. Ejemplos de buenas prácticas de la experiencia internacional", en: F. Zoido Naranjo y C. Venegas Moreno (coord.), Paisaje y ordenación del territorio, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla, 2002, pp.: 193-212.

Este artículo es un síntesis del libro "El palimpsesto cultivado. Historia de los paisajes del olivar andaluz", publicado por la Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía, 2004.

- 1 Blázquez, J.M., "Origen y difusión del cultivo", en: Consejo Oleícola Internacional, Enciclopedia Mundial del Olivo, Plaza y Janés, Barcelona, 1996.
- 2 Blázquez Martínez, J. M., "Las excavaciones españolas en el monte Testaccio", en: Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae, vol. I, Sevilla - Écija, 1998, pp. 29-56
- 3 Tahirí, A., Agricultura y poblamiento rural en Sevilla durante la época Abadí, Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 2001, pp. 159 y 181.
- 4 González, J., Libro de Repartimiento de Sevilla, CSIC, Madrid, 1956 (reedición facsímil editada por el Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Andalucía, Sevilla, 1993).
- 5 Rodríguez Molina, J., "Inicios de la expansión del olivar en Jaén. Andújar (1477-1515)", en: Estudios. Homenaje al Profesor Alfonso Sánchez Sáez, Tomo I, Granada, 1989, pp. 275-286.
- 6 Perdiges Blas, L. Pablo de Olavide (1725-1803) el Ilustrado, Editorial Complutense, Madrid, p. 183, 1993.
- 7 Sánchez Salazar, F., Extensión de cultivos en España en el siglo XVIII, MAPA - Siglo XXI, Madrid, 1988.
- 8 Camacho Rueda, E., Propiedad y explotación agrarias en el Aljarafe sevillano: el caso de Pilas (1760-1925), Diputación Provincial de Sevilla, 1984.
- 9 Sánchez Salazar, F., "El olivo y su expansión en el Reino de Jaén durante el siglo XVIII", Boletín del Instituto de Estudios Giennenses, nº 138, 1989
- 10 Madoz, P., Diccionario Geográfico-Estadístico - Histórico de España y sus posesiones de Ultramar, Madrid, 1845-1850 (se ha consultado la edición facsímil de Editorial Ámbito y Editoriales Andaluzas Unidas, 1987
- 11 Zambrana, J.F., Crisis y modernización del olivar, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1987